

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

TERCER PERIODO ORDINARIO DE LA XLV LEGISLATURA

74ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL SEÑOR SENADOR DOCTOR RUBEN CORREA FREITAS
(Segundo Vicepresidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y ARQUITECTO HUGO RODRIGUEZ FILIPPINI

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 18 de diciembre de 2002.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria, a solicitud de varios señores Senadores, mañana jueves 19, a la hora 16, a fin de hacer cesar el receso para rendir homenaje al ex Vicepresidente de la República, Presidente de la Asamblea General y del Senado, doctor Enrique E. Tarigo.

Hugo Rodríguez Filippini Secretario

Mario Farachio Secretario."

"Montevideo, 18 de diciembre de 2002.

Señor Presidente de la
Cámara de Senadores,
Luis Hierro López.

Los Senadores abajo firmantes solicitamos a usted se convoque a la Cámara de Senadores mañana jueves 19, a la hora 16, a fin de hacer cesar el receso para rendir homenaje al ex Vicepresidente de la República, Presidente de la Asamblea General y del Senado, doctor Enrique E. Tarigo.

Roberto Scarpa, Pablo Millor, Julio Herrera, Wilson Sanabria, Luis Hierro López, Ruben Correa Freitas. Senadores."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: el señor Presidente del Senado, señor **Luis Hierro López** y los señores Senadores **Arismendi, Astori, Barrios Tassano, Brause, Cid, Couriel, de Boismenu, Fernández Huidobro, Gallinal, Garat, García Costa, Gargano, Heber, Herrera, Korzeniak, Larrañaga, Lescano, Michelini, Millor, Mujica, Núñez, Pereyra, Pou, Riesgo, Rubio, Sanabria, Scarpa, Singer** y **Xavier.**

FALTAN: con licencia, los señores Senadores **Nin Novoa** y **Virgili.**

3) LEVANTAMIENTO DEL RECESO

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 16 y 17 minutos.)

- La Cámara de Senadores ha sido convocada en forma extraordinaria para rendir homenaje al ex-Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General y del Senado, doctor Enrique Tarigo.

Se va a votar el levantamiento del receso parlamentario.

(Se vota:)

- 22 en 22. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

4) SOLICITUD DE LICENCIA

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de una solicitud de licencia.

(Se da de la siguiente:)

"El señor Senador Nin Novoa solicita licencia por el día de la fecha."

- Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 19 de diciembre de 2002.

Señor Presidente del Senado
Don Luis Hierro López
Presente

De mi consideración:

Por la presente solicito licencia por el día 19 de diciembre por razones particulares.

Por ese motivo solicito también se cite a mi suplente.

Sin otro particular, lo saludo muy atentamente.

Rodolfo Nin Novoa, Senador."

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar si se concede la licencia solicitada.

(Se vota:)

- 23 en 23. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Corresponde convocar al señor Senador Lescano, quien

ya ha prestado el juramento de estilo por lo que, si se encuentra en Antesala, se le invita a pasar al Hemiciclo.

(Entra a Sala el señor Senador Lescano)

5) DOCTOR ENRIQUE TARIGO. HOMENAJE A SU MEMORIA

SEÑOR PRESIDENTE.- El Senado ingresa a la consideración del único punto del Orden del Día: "Homenaje al ex-Vicepresidente de la República y Presidente de la Asamblea General y el Senado, doctor Enrique Tarigo."

Tiene la palabra el señor Presidente del Senado, don Luis Hierro López.

SEÑOR HIERRO LOPEZ.- Me corresponde la triste y a la vez intransferible responsabilidad de representar a la bancada del Partido Colorado en este homenaje que el Senado de la República le realiza al doctor Enrique Tarigo, ex-Vicepresidente de la República entre los años 1985 y 1989 y, por tanto, dignísimo Presidente de este Cuerpo.

Hago esta evocación aún en medio de la congoja que su desaparición nos ha provocado, desde la profunda admiración y respeto que siempre le tuve y un auténtico sentimiento de amistad, lo que no empaña la justicia de las palabras que diga ante los presentes.

El doctor Tarigo ha sido y seguirá siendo en el recuerdo cívico de la República, una figura moral, institucional y política realmente cumbre. Quienes tuvimos la dicha de conocerlo y de formarnos en torno a sus ideas y acciones, sentimos que ha sido un uruguayo formidable, íntegro, vertical y auténtico. Fue uno de esos hombres que siempre son capaces de sobreponerse a las circunstancias y mirar con grandeza de espíritu el porvenir para estar dispuesto a cualquier tipo de renunciamiento en favor del cumplimiento de sus ideas, ser -como a él le gustaba decir- fiel a sí mismo en cada una de las circunstancias, hacer del cumplimiento del deber una ética cotidiana y luchar con enorme coraje por la libertad, tal como lo hizo en aquellos años augurales de 1980.

Tarigo brilló en todas las actividades por las que transitó. Sus alumnos de la Facultad de Derecho aún siguen diciendo que fue uno de los profesores más importantes -durante décadas- de esa alta Casa de estudio. Fue un procesalista; quizás el primero del país. Amó al Derecho en forma insobornable y sentía por esa profesión un amor realmente entrañable. Vivió su vida sirviendo los principios del Derecho. En este sentido, creo que, más allá de cualquier otra consideración, esta contribución estaría ameritando un homenaje.

Ha escrito innumerables obras en materia de Derecho Procesal y otros temas vinculados, todas ellas con la calidad de los tratados, con una precisión técnica de escritura conceptual realmente formidable. A medida que pasaban los tiempos fue sintiendo una especial vocación, más que por la vida política, por la vida pública asumida como una misión y un cumplimiento del deber.

En 1974, aunque siempre había sido un hombre vinculado al Partido Colorado y a las cuestiones del periodismo, comenzó a escribir y se convirtió en uno de los periodistas políticos más importantes que ha tenido el país en décadas. Empezó a escribir con vocación de servicio, no como una profesión -como él mismo lo comenta en el prólogo de uno de sus libros- sino como una profunda vocación hermanada con la libertad. Sintió el deber de comenzar a escribir aquellas columnas fantásticas en el diario "El Día", cuando notoriamente las libertades estaban conculcadas y cuando los principales dirigentes políticos del país estaban proscriptos, en el exterior o presos.

Como bien ha dicho el doctor Julio María Sanguinetti en el acto del sepelio, desde las primeras de sus columnas, Tarigo se convirtió en la voz de todos nosotros; todos nosotros que en aquellos años de la dictadura estábamos buscando rendijas para la libertad de pensamiento y lograr la reapertura democrática que el país tuvo años luego.

Tuve el privilegio de trabajar con él durante esos años en el diario "El Día" y con el doctor Aníbal Luis Barbagelata, con el doctor Leonardo Guzmán y tantos otros uruguayos ilustres que sostuvieron las columnas de "El Día". En aquella lucha cotidiana contra la censura, en aquella búsqueda milimétrica de las palabras que nos permitieran expresar cada día un poco más de lo que habíamos expresado el día anterior, encontré en la pluma de Tarigo -como creo que encontramos cientos de miles de uruguayos- el fuego que cotidianamente podíamos sostener para seguir creyendo en la reconquista de la libertad. Escribía en forma rápida, prolija y conceptual, repitiendo apenas algunos conceptos o palabras como una técnica del convencimiento. Quien relea hoy sus columnas, como yo vengo de hacerlo estos días, podrá ver sus grandes condiciones de profesor y maestro, porque tenía una lógica de razonamiento que era absolutamente imposible de rebatir. Con hermosas y duras palabras, sostenía los principios de la libertad.

Fue un hombre cultísimo, quizás de las personas más formadas que he tenido el gusto de tratar y conocer. En estos dos tomos "Temas de Nuestro Tiempo", editados en 1979 y 1980, que recogen precisamente sus columnas del diario "El Día", se puede ver realmente un panorama completo sobre los temas institucionales, políticos, de la libertad de pensamiento, de la libertad de prensa, de la libertad de conciencia, cuestiones sobre asuntos religiosos, etcétera. También se puede observar allí la garra de un gran periodista que podía hacer la descripción de una figura, de una personalidad o de un emblema en forma realmente formidable.

En esos años duros, más de una vez pasamos horas en las comisarías y seccionales, porque era nuestro deber seguir alimentando la libertad y la búsqueda de esas rendijas que a ella conducen. En forma un poco tonta la policía nos perseguía y nos hacía permanecer largas horas en las comisarías -podemos recordar el famoso Departamento 5 de la Policía de Montevideo- y nunca vi a un detenido político que tomara esta situación con tanta fuerza e ironía -porque más allá de su hosquedad exterior era un hombre de un fino humor y enorme sensibilidad- como Tarigo, quien terminaba sonriéndose con sus apresadores, a quienes les terminaba explicando algunas cosas relativas a su condición de hombre libre que la pasajera detención no iba a conculcar.

Fue en esos forcejeos por la libertad que un día resolvimos abandonar el diario "El Día" e iniciar una nueva empresa periodística. En primer lugar, acogidos por la pluma y convicción generosa del señor Danilo Arbilla, quien nos recogió en su revista "Noticias", cuando notoriamente recoger a Tarigo era una cuestión complicada en aquellos tiempos; tan complicada que un día el editor de dicha revista terminó retirando una de sus columnas por entender que era demasiado fuerte. Esto sucedió cuando Tarigo ya había iniciado aquella campaña sobre las pautas constitucionales de 1980. En un acto solidario con su renuncia nos fuimos todos de la revista "Noticias", incluso el señor Danilo Arbilla que desde entonces permaneció fuertemente vinculado a Don Enrique.

A partir de allí fue que surgió -más que como una tarea personal, como un mandato de todas las conciencias- aquella aventura de "Opinar", primer semanario opositor. Pensábamos editar este semanario en el mes de octubre, pero esa edición fue requisada por la policía y, entre la tristeza de no haber podido editar nuestro semanario y la indignación por el atropello policial, de noche y en la imprenta del diario "El País", Tarigo me dijo: "Mañana vamos a las 9 de la mañana a la Jefatura de Policía para reclamar que nos permitan sacar nuestra edición". Fuimos a la Jefatura de Policía de Montevideo y nos pasó algo que es muy típico de su personalidad y de la mía y, a la vez, muy curioso en aquel tiempo: no pudimos entrar porque ninguno de los dos estaba portando cédula de identidad, por lo que la protesta cívica quedó en la puerta de la Jefatura.

Sin embargo, Tarigo tuvo como un rapto de resolución y fuimos hasta la puerta de la redacción del diario "El País" desde donde llamó al General Raimúndez -reitero que esto sucedió en octubre de 1980- para reclamarle razones y fundamentos por los cuales se había atropellado en forma tan severa a un semanario que estaba por salir. Y, en una esquina absolutamente emblemática, la de Canelones y Yi, donde hace un tiempo había una panadería que se llamaba "La Fuerza del Destino", parados debajo de ese letrero, Tarigo me dijo: "Yo voy a pelear hasta la muerte, hasta que salga 'Opinar', y los oficiales de las Fuerzas Armadas nos tendrán que explicar por qué es que no sale". Allí mismo, tomó su viejo Volkswagen y se fue a la casa del General Raimúndez. Allí se nos explicó que en nuestra plantilla de periodistas había personas con antecedentes, no se sabe de qué índole ideológica muy complejos y que, por lo tanto, no iba a ser autorizada la edición. La respuesta de Tarigo, como todas las de él, fue la siguiente: "No pienso sacar a nadie de la plantilla de la redacción de 'Opinar'. 'Opinar' va a salir con todos los nombres que iba a salir el primer día". Así fue y la Junta de Oficiales no tuvo más remedio que ceder ante aquel temperamento obstinado, corajudo, valiente, sincero, franco y leal como pocas veces he conocido.

Así comenzó aquella aventura formidable que, luego, con "Correo de los Viernes" y más tarde con otros semanarios ha permitido que el país reconquistara las mejores facetas de su vida democrática. En el libro sobre "Temas de Nuestro Tiempo" Justino Jiménez de Aréchaga dice algo que es absolutamente cierto en relación a Tarigo y a la historia del país. Decía concretamente: "Es ley de nuestra historia que los grandes periodistas surjan en hora de dificultad o de tormenta. Así ha sido siempre y resultaría ocioso apoyar con la cita de nombres ilustres esta verdad tan conocida. Es que cuando los tiempos son duros, cuando el desaliento, la incertidumbre o el temor ganan más espíritus, a la vez que el pueblo siente la necesidad de que se enciendan luces en su camino y el silencio prudente de muchos de los que podrían cumplir esta misión rectora, deja al rebaño sin pastor, Tarigo ha sido y debe seguir siéndolo un faro orientador, penetrando los principios en que se funda la democracia como sistema político, valorándolos, enseñándolos, reivindicando las excelencias de la libertad y animando a vivirla y a defenderla. Y, sobre todo, reclamando incesantemente el respeto del poder político hacia el individuo y su suprema dignidad. Todos sabemos en este país qué podemos encontrar en una columna periodística que lleva la firma de Tarigo y eso es ya un alimento de primera necesidad."

Yo digo que esto es absolutamente verídico en relación a la historia periodística del país que siempre ha tenido grandes plumas a partir de la adversidad, de la tormenta y de los tiempos oscuros y, en el caso de Enrique Tarigo, esta verdad se confirma. Cada una de esas columnas, cada uno de esos escritos en el diario "El Día" o en "Opinar" eran una llamada a nuestras conciencias. El no hablaba en nombre de su opinión o de su Partido Colorado, sino en nombre de la conciencia cívica nacional que defendió con un coraje, una dignidad y un arrebato realmente formidables. Era de esos hombres que cumplía exactamente las cosas que decía.

Cuando asumió la Presidencia de este Cuerpo, le anunció a los ciudadanos que tenía un revólver en el escritorio de la Presidencia, en el Senado, y que éste iba a ser usado en caso de que hubiera otro intento de golpe de Estado. Todos quienes le conocíamos a Tarigo sabíamos que era así; sabíamos que éstas no eran exposiciones al público, sino la expresión de su convicción moral y ética formidable.

Ayudó a formar a una generación de dirigentes del Partido Colorado, abriendo con generosidad las puertas

cívicas a una muchachada formidable que mucho bien le ha hecho al país y a nuestra colectividad. Por más que Tarigo no tenía estrictamente la vocación política cotidiana, tenía la vocación del servicio a las ideas. No era un hombre especialmente apto para organizar las actividades partidarias. Incluso, cuando con mucho orgullo, pasión y entusiasmo presentamos nuestra lista ACE en la elección interna de 1982 -estaba también la famosa lista denominada ACF y otra más, titulada ABX, en aquella sopa de letras que los militares nos hicieron para que no se repitieran los números históricos, tan formidables, que forman parte de la historia política del país- el doctor Tarigo hizo un historial incomprensible para nosotros, manifestando que los sectores en la vida de los partidos estaban llamados a desaparecer. Agregó que él concurría a fundar "Libertad y Cambio" como contribución a la vida democrática, pero que creía mucho más en la unidad del Partido Colorado que en la propia vida de los sectores, que a veces daban lugar a ciertas formas del personalismo que él tanto combatía. Aun así, organizó aquella agrupación formidable que tuvo una performance electoral muy importante y se apoyó, básicamente, en su puño.

Ninguno de sus alumnos ha podido llegar a ser como el maestro, con esa rectitud, con esa honestidad intelectual, con esa perseverancia y con ese coraje. No obstante, todos hemos tratado de seguir sus pasos. Lo hemos hecho en medidas distintas porque él fue, más que nada -como decía Justino- un faro orientador.

En un tiempo en el que se descree tanto de la vida pública y política, en sociedades que van abandonando la marcación de los valores, en tiempos en los cuales, lamentablemente, nuestra gente joven a veces se encuentra perdida y sin grandes referencias, pienso que para un joven de cualquier partido alcanzaría con advertir la vida personal y pública del doctor Enrique Tarigo, para valorar a quienes desde la actividad partidaria queremos defender al Estado y a la sociedad.

Por todo ello, Tarigo fue un arquitecto de la Democracia. Desde 1974 en el periodismo y luego en la vida política hasta 1989, fue uno de los padres de la ejemplar salida institucional y democrática que tuvo el Uruguay.

El doctor Tarigo tuvo una vida formidable y tuvo una muerte en su medida. Quienes conocemos la intimidad de sus últimos días, sentimos que solamente un hombre superior, en toda la expresión del término, puede haber asumido esas horas finales con la grandeza, la serenidad de espíritu y el coraje con que él lo hizo. Más allá de esa foto del doctor Tarigo, que todos reconocemos como un hombre aparentemente hosco, siempre tuvo una enorme sonrisa y una enorme ternura. Fundó una familia formidable, con hijos y nietos que van a seguir sus pasos. Tenía por ellos absoluta devoción, naturalmente, como tenemos todos los padres, pero él tenía una devoción especialísima al ver sus frutos que ya están instalados en la vida.

Para el Partido Colorado, señor Presidente, es una pérdida enorme, pero mucho más lo es para la República. Si la República tuviera más ciudadanos como Enrique Tarigo, sería mucho más fuerte, nuestra democracia estaría mucho más afirmada y la tolerancia estaría mucho más asentada, el valor de la discusión de las ideas y de los argumentos estaría salvaguardado, y la razón seguiría prevaleciendo si en el Uruguay de hoy hubiera más personas como Enrique Tarigo.

A todos se nos ha muerto un amigo pero, especialmente, ha muerto un luchador por la libertad. Ha muerto un enorme uruguayo que estará en nuestra memoria por muchísimos años.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Pereyra.

SEÑOR PEREYRA.- Señor Presidente: la Bancada de Senadores del Partido Nacional me ha confiado la honrosa y, al mismo tiempo, penosa misión de llevar su palabra al homenaje que hoy el Senado de la República tributa a este extraordinario ciudadano que fue el doctor Enrique Tarigo.

Después de la brillantísima y justa pieza oratoria, profundamente sentida, de nuestro Presidente del Senado, el señor Luis Hierro López, no es fácil o, mejor dicho, es imposible que podamos incursionar con la misma profundidad y con el mismo conocimiento de quien compartió con el doctor Tarigo tantas horas de luchas difíciles, tanta militancia partidaria, y tantos sueños de beneficio para la República y sus instituciones. Si bien podemos haberlas compartido, el hecho de que Luis Hierro López haya militado en el mismo partido, que haya sido su amigo, que hayan escrito en los mismos diarios, que hayan fundado las mismas publicaciones, indudablemente, le ha dado el más alto sentido a este homenaje. Pero, como muy bien lo dijo nuestro Presidente del Senado, por encima del homenaje que tributamos a un ciudadano que militó con gran fervor, gran inteligencia, extraordinario talento en el Partido Colorado, la pérdida es de la República.

El hecho de que quien habla haya sido invitado para participar en el homenaje, quizás radique en que conoció al doctor Tarigo en aquellas horas de lucha contra la dictadura. Recurríamos a él cada vez que había que levantar la voz, fundamentalmente, como aquí se ha recordado, en los tiempos previos al memorable Plebiscito de 1980. Muchas veces recurrimos a su palabra, a su consejo, a su fervor, a su fe y a su inteligencia para que llegara a los ciudadanos a señalarles, con esa clarividencia y solvencia que poseía, los defectos de aquel intento de institucionalizar la dictadura.

¡Ya lo creo, que llegó a calar hondo en la conciencia de la ciudadanía! Tan hondo, que desde afuera y desde adentro del país no se creía que la ciudadanía uruguaya pudiera impedir que se convirtiera en constitución aquel proyecto anacrónico. Seguramente, una de las lecciones más formidables de fuerza moral y cultura cívica que el pueblo uruguayo ha dado al mundo fue la de vencer a un régimen que tenía a su favor todo el poder en sus manos, todos los medios a su alcance, todo el temor que había logrado infundir en base a todas las amenazas que lanzaba diariamente y toda la persecución que desató contra todos los ciudadanos. Parecía imposible que un pueblo desarmado, sin medios de prensa, sin organización política adecuada, un pueblo con partidos políticos proscritos, con dirigentes políticos acallados por disposiciones dictatoriales, absolutamente negativas de la dignidad humana, pudiera alcanzar ese milagro. La prensa de todo el mundo, al día siguiente, habló de la magnífica elección de los uruguayos derrotando en las urnas a la dictadura.

Muchas veces -en las horas previas- discutíamos o cambiábamos ideas en nuestras reuniones clandestinas o semiclandestinas con hombres de otros partidos y con compañeros nuestros, que también veían las dificultades que teníamos.

Nosotros, sin querer de ninguna manera señalar que veíamos más allá, sí pensábamos, conociendo la historia del Uruguay, que este tema constitucional que algunos suelen creer que es bastante ajeno a los uruguayos, no lo es; no lo es. No lo es, porque durante los primeros años del siglo que pasó se estuvo hablando, durante mucho tiempo, en todas las tribunas, de la reforma constitucional, y el pueblo votó y logró incrustar en la Constitución de 1918 las semillas, muy fecundas, que han hecho germinar un árbol frondoso de libertad, de justicia y de igualdad para los uruguayos. Después se discutió ese tema en aquellas horas difíciles de 1930 y de 1933, se discutió en 1942, en 1946, se discutió en 1950, en 1966 y se acaba de discutir hace poco tiempo. El pueblo uruguayo tiene una sólida formación cívica; conoce de estas cosas y opina sobre ellas. Pero, más que ese conocimiento, mucho más que ese conocimiento que podía estar -y estuvo, de alguna manera- atenuado por la dureza de las circunstancias, ese camino lo abrió la palabra señera del doctor Enrique Tarigo. Lo hizo junto a otros hombres, pero fundamentalmente lo realizó él, con esa tenacidad, con esa firmeza, con esa dureza -porque era un hombre duro en la lucha, como deben serlo los verdaderos luchadores- ayudando, como nadie, a abrir caminos hacia la libertad. De ahí la justicia de este homenaje. Es el punto que hay que resaltar más intensamente.

Seguramente otros podrán hablar del extraordinario profesor, del hombre que cultivó la ciencia del Derecho con tanto acierto, de sus múltiples facetas, pero -como se dijo de Churchill- la hora del Referéndum, la hora de la lucha contra la dictadura fue "su hora más gloriosa". Eso es, sin dejar de valorar las otras facetas de su personalidad, lo que está más fuertemente arraigado en nuestros corazones y conciencias en el momento en que le rendimos el homenaje.

Lo conocimos también de cerca aquí, en el Senado, cuando lo presidió. Lo hizo con justicia, buscando lo mejor, tratando de ordenar el caos en que estuvo inmerso el Palacio de las Leyes, por los desmanes que la dictadura había sembrado en él. Lo dirigió con rectitud, con el honor que le era característico, con la firmeza que también le era peculiar, buscando organizar y hacer eficiente nada menos que el Palacio de las Leyes, ya que él era un hombre de Derecho.

Hay pocos destinos más ricos que el del doctor Enrique Tarigo. Los hombres caminan por rumbos muy distintos en la vida: unos lo hacen buscando los bienes materiales, la riqueza y el poder, que da privilegios; y otros, entienden que es más importante el privilegio que se lleva en el alma y en la conciencia cuando se es, integralmente, un hombre libre. Por ese camino anduvo el doctor Tarigo. Muchos otros hombres transitan por ese, tan fecundo, camino de la ciencia; él lo hizo en la ciencia del Derecho, la que hace que los hombres se acerquen más, se igualen más, se comprendan más, se solidaricen más y trabajen más firmemente por la paz y por todas aquellas cosas que ennoblecen, elevan y dignifican la vida del ser humano.

Es tradición y norma que, cuando alguien se recibe de abogado, jure defender el Derecho. Algunos lo cumplen de una manera y otros de un modo distinto, con más o menor intensidad, con más o menor fe, con más o menor entusiasmo, con más o menor coraje; el doctor Tarigo lo hizo y cumplió su juramento en la forma más integral, más digna y valiente que se puede cumplir. Si hace un rato hablamos de su lucha contra la dictadura, debemos decir que aquel debate famoso que se realizó por televisión junto al doctor Eduardo Pons Etcheverry -fue la única vez que al pueblo uruguayo se le ofreció un panorama completo de lo que era el tema- constituyó uno de los días más fecundos que haya vivido la democracia uruguaya en lo que va del Siglo. Si aquella fue su hora más gloriosa, yo digo que es justo que en la hora en que se apaga su vida nosotros digamos que es una de las horas más tristes para la democracia uruguaya.

Es cuanto quería manifestar.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Singer.

SEÑOR SINGER.- Señor Presidente: tengo claro que el doctor Tarigo pasará a la historia de este país, fundamentalmente, por dos razones: una de ellas, es por haber sido un verdadero apóstol de la libertad.

Creo que el doctor Tarigo sintió realmente como una misión, como un mandato venido de lo más hondo de su

conciencia, el dar la batalla por la libertad durante los años de la dictadura para recuperar la democracia en nuestro país.

Pienso que también es bueno señalar que, en Tarigo, el concepto de la libertad abarcaba su dimensión más honda y más amplia. Tarigo concebía la libertad de los hombres como individuos, como ciudadanos en el marco de la institucionalidad, donde los derechos de cada uno de nosotros terminan, exactamente, donde empiezan los de los demás. Hizo, en ese sentido, por su lucha, por su prédica, por sus esfuerzos constantes desde el Gobierno y desde las tribunas, un verdadero apostolado de la libertad. Por eso creo que no es exagerado decir que Tarigo va a pasar a la historia como un apóstol de la libertad. Sin duda también va a pasar a la historia como el abanderado del NO; desde luego que no fue sólo él el luchador, fueron muchos. Pero la imagen que tiene este país del doctor Tarigo, sobre todo de aquellos años, es la de abanderado de esa lucha. Y el señor Senador Pereyra acaba de hacer referencia a aquel famoso debate de mediados de noviembre de 1980 que proyectó al doctor Tarigo como tal, como abanderado de la lucha por el NO.

Nunca tuve bien claro qué motivó a los militares a autorizar ese debate. Probablemente, hayan recibido presiones desde el exterior para dar mayor legitimidad al plebiscito. De lo que no tengo ninguna duda es de que ese debate terminó lapidando las posibilidades de la reforma constitucional patrocinada por los militares.

Inmediatamente después de ocurrido dicho debate, el doctor Tarigo vivió momentos muy especiales en su vida, ya que cada vez que entraba a los Juzgados con su portafolio lleno de expedientes, recibía aplausos, era recibido con aplausos. Sin duda, este es un hecho insólito en la vida del Foro y que debe haberle resultado profundamente conmovedor al doctor Tarigo.

Señalados estos dos aspectos, que son los que sin lugar a dudas va a recoger la historia de ese último cuarto de siglo, es dable destacar lo que representó para mi Partido Colorado y para el país la fundación del Movimiento Libertad y Cambio. Tal como señaló el señor Presidente del Cuerpo, ese Movimiento se fue generando en torno al doctor Tarigo en base a su lucha y a sus esfuerzos; pero el solo nombre del Movimiento tenía un contenido muy profundo: lo de la libertad junto con el cambio. Lo de la libertad podía parecer una bandera común a todos nosotros, pero lo del cambio no era tan así, en un país que tiene tanta resistencia a los cambios, en este país en el que la mentalidad es anticambio, en el que todos hablamos de cambio pero queremos que cambien los demás y no nosotros mismos. Desconozco quién fue el autor de la idea de ponerle ese nombre -probablemente haya sido el doctor Tarigo o alguno de sus compañeros- pero tenía un contenido formidable porque para las nuevas generaciones implicó un mensaje, que fue el que le permitió recoger un caudal electoral muy grande, una adhesión y entusiasmo ciudadanos que se percibía. Libertad y Cambio, además, congregó a un núcleo de gente joven, de gente que antes de la dictadura no existía políticamente. También significó una contribución realmente buena, noble y eficiente a la vida política del país y de mi partido. Pienso que la creación de Libertad y Cambio constituyó desde el punto de vista político un hecho realmente auspicioso y destacable en la vida del doctor Tarigo.

Tuve el gusto de trabajar con el doctor Tarigo en este Senado durante los cinco años que ocupó la Presidencia de este Cuerpo desde 1985 hasta 1990. Ello me dio la oportunidad de conocerlo mucho más de cerca y de advertir que, en primer término, era un hombre más que inteligente, inteligentísimo. Era inteligentísimo, austero, sobrio, no dejaba de ser hosco, pero en muchos momentos en el trato con él lo sentimos cordial, amistoso y hasta cálido. Creo que todos quienes participamos del Senado en ese período aprendimos a estimarlo y a respetarlo aun en el caso de confrontaciones duras, que las hubo.

Por mi parte, me complazco en señalar que durante esos cinco años no tuve otra cosa que coincidencias con el doctor Tarigo en el ejercicio de la función de Senador y en todo lo que fue la actividad parlamentaria, legislativa y política en este ámbito. Además, estimo importante señalar que el doctor Tarigo, en las dificultades que hubo que sortear en ese primer período posdictadura, jugó un papel fundamental junto al señor Presidente de la República, el doctor Julio María Sanguinetti. Fue un gran soporte aquí, desde la Presidencia del Parlamento, de la reinstitucionalización del país. Tengo bien presente -porque en su momento en distintas circunstancias me lo dijeron ambos, tanto el doctor Tarigo como el doctor Sanguinetti- que ni un día de los cinco años en que ejerció la Vicepresidencia de la República, el doctor Tarigo dejó de hablar con el Presidente Sanguinetti, sobre todo a propósito de los temas que tenían que ver con la marcha del país en ese mar embravecido que sin duda fue la reinstitucionalización democrática. Inclusive coincidimos -creo que fue uno de los momentos más gratos de las conversaciones que mantuvimos mano a mano- en que ambos éramos devotos del glorioso Club Nacional de Fútbol, lo que nos dio un motivo para tener charlas muy sabrosas que no puedo dejar de recordar.

Se dijo que el doctor Tarigo no era un político de raza, y creo que es así. Según lo que se ha contado y por lo que todos sabemos, si el doctor Tarigo hubiera sido un político de raza se habría incorporado a la política, como lo hicimos quienes nos sentimos políticos de raza desde nuestra más temprana juventud. El doctor Tarigo, siendo sin ninguna duda un hombre de profundas convicciones coloradas y batllistas, dedicó toda su vida al ejercicio de su profesión de abogado, lo que realizaba con mucho gusto. Le complacía ejercer su profesión pero, sobre todo, le gustaba mucho la docencia, que practicaba como profesor de Derecho Procesal, además del estudio de esa materia. Creo que leía, escribía sobre eso y hacía docencia con verdadero amor; se sentía realizado como ser humano en el ejercicio de su profesión y de la docencia de Derecho Procesal.

Fueron las circunstancias y la necesidad, diría, de suplir a aquellos que estábamos proscritos -en un momento en que la sociedad y el pueblo uruguayo entero lo estaba requiriendo- las que lo motivaron -porque él sentía que podía desempeñar allí un papel- y lo lanzaron a la lucha política. En una primera instancia lo hizo desde las tribunas periodísticas, desempeñándose luego como líder político -que sin duda lo fue- sobre todo, en la campaña electoral de 1984.

Por estas razones no sé hasta dónde buscó -diría que estoy prácticamente seguro de que no lo hizo- ser candidato presidencial en 1989. Cuando digo que no lo sé, expreso lo justo, porque no tengo ningún elemento de juicio para hacer esa afirmación, más que la apreciación totalmente subjetiva que hago de ese hecho.

Por mi parte, sentí que la lucha interna de 1989, de alguna manera, enfrió nuestra cordial relación personal. Pienso que ello ocurrió, precisamente, porque el razonamiento del doctor Tarigo no era el de un político de raza, como para permitirle comprender las circunstancias que pueden determinar las acciones y las conductas en materia electoral de unos y otros. Sí sentí que la derrota que sufrió en las elecciones internas del Partido lo afectó, porque a partir de ese momento no ocupó ningún cargo público. Si fue Embajador de nuestro país en España, seguramente se debió a que el entonces Presidente, doctor Sanguinetti, se lo ofreció para que cumpliera allí una misión que sin duda fue importante. De todos modos, se debió seguramente a la solicitud del Presidente Sanguinetti que el doctor Tarigo aceptó ese cargo. Recordemos que fue electo en 1989 como primer Senador de la Lista Unidad Colorada, pero no aceptó la convocatoria, lo que, a mi juicio, confirma lo que era el doctor Tarigo políticamente hablando.

En el día de hoy lo estamos homenajeando y destacando todas las condiciones personales que adornaban al doctor Tarigo y que lo hacían un ciudadano y un hombre de muy relevantes méritos, pero esos dos episodios tan singulares de la vida nacional en los que él desempeñó un protagonismo absoluto y de primera fila le dan un lugar en la historia y sobradamente justifican el hecho de que este Senado, que él presidió con tanto señorío, le rinda este homenaje.

En nombre de la Lista 15 deseo expresar nuestra profunda solidaridad a su familia, a sus queridos compañeros de “Libertad y Cambio” y, en primer término, a mi querido amigo Luis Hierro López, que se sentía tan cerca de él y que tanto lo quería, así como al doctor Sanguinetti, quien se encuentra aquí presente y que tenía con Tarigo una amistad realmente profunda y entrañable. No podemos hacer menos, frente a lo que ha representado esta muerte para mí prematura, porque confieso que me enteré muy poco tiempo antes de su muerte, del estado de salud del doctor Tarigo, en oportunidad en que en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado estábamos a punto de realizarle un homenaje que finalmente solicitó que se suspendiera porque no se sentía en condiciones de asistir. Esto ocurrió hace menos de dos semanas.

Con estas palabras muy sentidas, dichas con mucho respeto y con sincera admiración hacia la persona del doctor Tarigo, adherimos al homenaje que el Senado le rinde en la tarde de hoy.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Korzeniak.

SEÑOR KORZENIAK.- He tenido el honor de que mi Bancada me haya designado para adherir, en nombre del Encuentro Progresista-Frente Amplio, al homenaje que en el Senado le estamos rindiendo a una figura tan importante de nuestro país en el lamentable momento en que físicamente se ha perdido para nuestra República.

Conocí al doctor Enrique Tarigo desde joven, principalmente a través de dos lugares. No tuve la satisfacción de integrar este Senado cuando él lo presidía en su carácter de Vicepresidente de la República. Uno de esos dos lugares en los que mayores encuentros teníamos era en la Facultad de Derecho. Después del restablecimiento democrático del país, tuve el honor de votar, en una sesión del Consejo de la Facultad en el que se expresaron todos los consejeros, su reelección como profesor, siguiendo esa costumbre docente según la cual todos los cargos deben ser reelectos periódicamente.

Otro lugar en el que lo conocí fue donde ejerció su profesión de abogado compartiendo el estudio con un memorable abogado y también procesalista -uno de sus grandes maestros- el doctor José Arlas. Allí pude presenciar algún diálogo de Tarigo y conocí el fino humor al que aludía el señor Presidente Hierro López, que contrastaba con ese lenguaje tajante, fuerte, firme, cortante y a veces áspero que tenía y que daba la sensación de carecer de esa virtud, reitero, de un humor interno que en algunas ocasiones vertía en esas ruedas bastante informales que presencié -y de algunas de las cuales participé- en el estudio al que hacía referencia. Concurría seguido a ese estudio, porque junto con el doctor Arlas compartíamos -bajo su maestría y la del doctor Carlos Martínez Moreno- algunas defensas políticas de presos políticos en la época de la dictadura.

Quiero ser muy breve en mi exposición, pero me parece que contribuyo a este homenaje relatando una anécdota que tiene que ver con esa célebre polémica según la cual el doctor Tarigo logró transmitir una convicción popular contra un proyecto de ley de Constitución elaborado por la dictadura con el propósito clarísimo de autolegitimarse. El secreto a voces de ese proyecto de Constitución era una norma transitoria que decía: “Decláranse válidos todos los actos y resoluciones dictados desde el 27 de junio de 1973 en adelante”.

Alcancé a conocer esa memorable actuación del doctor Tarigo en dicha polémica -no pude asistir para verla en el país- porque en México, donde me encontraba exiliado, logramos obtener el texto de lo que dijo, a través de un canal

de televisión en el que trabajaba un uruguayo. Sus palabras llegaron rápidamente y nos dio bastante ánimo escucharlo.

Pero la anécdota se desarrolló en Ginebra, donde hubo un seminario en el que participaron gran cantidad de juristas y jueces de varios países. Desde luego, había profesionales de Suiza, de Francia, algunos italianos y españoles y, naturalmente, invitaron a representantes uruguayos. Concurrí a ese seminario invitado, desde México. La pregunta central del encuentro era cómo había hecho el pueblo uruguayo para ganarle un plebiscito a una dictadura, y se debía desarrollar desde una perspectiva básicamente jurídica porque la Comisión Internacional de Juristas era uno de los patrocinadores de ese seminario. En esa oportunidad, después que expusimos varios juristas uruguayos y de otros países, desarrollamos la tesis de que el pueblo uruguayo tenía una enorme experiencia en materia de plebiscitos, y con un poco de entusiasmo e imaginación nos remontamos hasta el juramento de la Constitución de 1830. Fue así que relatamos todos los plebiscitos uruguayos y señalamos que nuestra Constitución -lo que no ocurre en ninguno de los países que estaban allí representados y que eran los de más avanzada cultura jurídica; inclusive había dos jueces ingleses muy importantes- hasta para ser modificada en una coma necesita un plebiscito. Al terminar el seminario, un jurista muy importante que desempeñaba ante el Gobierno francés un cargo similar al de Procurador del Estado en nuestro país -persona muy amiga de los uruguayos- fue designado para hacer el "relatorio" -como le llamaban, y que era una especie de resumen de todas las intervenciones más algunas conclusiones- cosa que hizo con gran maestría. Luego dijo que iba a agregar una anécdota que no olvido, sino que recuerdo con mucho cariño para Tarigo. Indudablemente, la polémica que tuvo en televisión defendiendo la tesis del "No" al proyecto de constitución dictatorial fue una de sus actuaciones públicas más célebres.

Este jurista narró que antes del plebiscito había hablado con varios uruguayos y había llegado a la conclusión de que el espíritu de los exiliados era pesimista con respecto al resultado. Doy fe de que eso era así porque en las condiciones que vivía el país parecía difícil ganar un plebiscito a la dictadura. Sostuvo que luego de esas conversaciones, se había convencido de que el resultado iba a ser favorable a ese proyecto dictatorial de Constitución. Sin embargo, contó que luego había escuchado una polémica en la que un profesor uruguayo lo había convencido de que ese plebiscito no iba a triunfar. Precisamente, la polémica a que aludió era aquella en la que participó el doctor Tarigo argumentando contra ese proyecto de Constitución. Agregó esta anécdota al "relatorio" -seguramente consta en las carpetas y actas de ese seminario- lo que muestra hasta dónde un argumento vehemente y serio puede tener una repercusión popular, no solo en el país, sino también en esos ambientes aparentemente tan fríos de los juristas, como es un seminario de carácter internacional.

Señor Presidente: con mucho sentir adherimos a las condolencias del pueblo uruguayo y del Partido Colorado por el fallecimiento de un ciudadano tan ilustre.

Gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Michelini.

SEÑOR MICHELINI.- Señor Presidente: quiero sumar mi voz y mis palabras al homenaje que este Senado tributa al doctor Enrique Tarigo. Naturalmente, no estoy en condiciones de hacer una semblanza de él, aunque tampoco creo que lo esté el Senado de la República a tan pocos días de haberse producido su fallecimiento. Quizás esa sea una tarea pendiente que no sólo quede a este Senado, sino también a la Asamblea General. Así, algún día, con mayor tranquilidad de espíritu, los uruguayos, a través del órgano más representativo de la soberanía, como es la Asamblea General, rendirán el justo y adecuado homenaje a Enrique Tarigo.

No puedo hablar del Tarigo profesor, del periodista, del ciudadano, ni del hombre del Partido Colorado con quien, salvo en el tema de las libertades, debo haber discrepado en todo. Tampoco me voy a referir al hombre de enorme coraje, que es una de las virtudes que más admiro de las personas. En realidad, lo que quiero hacer es descargar el corazón, porque me es imposible hablar de Tarigo a tan pocos días de su fallecimiento.

Voy a ser muy breve al hablar del Tarigo luchador por el "No", quien naturalmente militó, como tantos uruguayos, para que en cada una de las urnas apareciera la mayor cantidad de papeletas por el "No". Simplemente quiero descargar mi corazón en lo que fue aquel programa de televisión, al que ni siquiera sé por qué se lo convocó; seguramente por sus escritos y por la fuerza y tozudez con que empujaba la opción por el "No". Confieso que no conozco los detalles ni cómo se hizo el programa. No creo que lo más importante haya sido lo que se dijo -quiero resaltar esto como reconocimiento a Enrique Tarigo- sino la gestualidad, el talante y la mirada, tanto de él como de Pons Etcheverry, quienes decían a los más poderosos que no le tenían miedo. Eso fue miel para los hogares uruguayos, fue agua bendita para todos aquellos que estábamos luchando, fue como una luz en las tinieblas para seguir buscando la salida a la dictadura y así reencontrarse con la libertad y la democracia. Más allá de lo que se diga hoy, se me ocurre que el doctor Tarigo no tuvo conciencia ni imaginó el bien que hizo a la sociedad uruguaya al permitirle recuperar la fuerza para seguir luchando contra la dictadura. Fue una voz en el desierto, una luz en la oscuridad, fue como aquel sobreviviente que está esperando ayuda y de pronto escucha una voz. De alguna forma, todo ello preanunciaba el resultado electoral de la victoria del "No".

Seguramente su familia recordará sus virtudes, reunio-

nes familiares y hechos históricos de la vida cotidiana que van a resaltar diariamente. A las nuevas generaciones, a sus hijos, a sus nietos, y a los hijos y nietos de sus nietos, deben trasmitir lo más importante: fue un hombre que hizo una acción de bien al dar energía al pueblo uruguayo para que siguiera buscando esa luz en las tinieblas, para que siguiera buscando la salida de la dictadura y de esa forma gozar de la libertad.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR HEBER.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR HEBER.- Si bien el señor Senador Pereyra hizo uso de la palabra en nombre del Partido Nacional, personalmente deseo hacer una mención especial a algo que han manifestado algunos señores Senadores, pero que creo que para la figura, trayectoria y personalidad de Enrique Tarigo no es suficiente, sobre todo teniendo en cuenta esa pasión que ponía en todas las cosas. Quiero recordarlo como hombre polifacético -como se ha dicho- pero también como un fanático hincha de Nacional.

Y no me alcanza la mención del señor Senador Singer. No lo hago para molestar a quienes no son fanáticos de ese equipo, sino que lo digo porque estamos en un homenaje y creo que no podemos olvidar esa faceta que también lo caracterizaba. Era muy duro, contundente y hosco con quienes eran adversarios, pero aquellos que coincidíamos con él descubrimos esa faceta que mencionaba el señor Vicepresidente de la República, don Luis Hierro López. Lo conocí en el Parlamento, en la Asamblea General, y realmente me pareció una persona difícil de abordar para generar una relación. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario cuando fui su correligionario en el Club Nacional de Fútbol, donde peleamos juntos por la actual Directiva de esa Institución.

No creo que sea buena cosa que mencionemos al doctor Tarigo únicamente como alguien simpatizante, porque fue un militante; escribió un alegato defendiendo la tesis del decanato y considero que a él le hubiera gustado que yo hoy lo recordara también en esa faceta, que seguramente le habrá generado muchas rispideces con sus amigos -que no coincidían con él- en el Partido Colorado. Pero él defendió a ultranza sus aficiones deportivas; las sustentaba, las defendía y las sostenía con la misma pasión que a sus convicciones políticas. Lo conocí en esa otra faceta, y él era cariñoso y simpático cuando se coincidía con él. Como dije, tuve la oportunidad de estar con él en esa nueva Directiva y puse mi nombre debajo del de Tarigo, junto a otros Senadores que la apoyaban. Nos dio mucho gusto trabajar con él y descubrir esa otra faceta que no conocíamos del doctor Tarigo.

Quería mencionar esto sin desmerecer la importancia que tuvo en las otras áreas -en eso coincido con los demás señores Senadores- y reitero que esta faceta me generó un relacionamiento que no tenía con él, que aprecio y valoro mucho.

SEÑOR ASTORI.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR ASTORI.- Señor Presidente: no quiero estar ausente en este tributo que se le está rindiendo, con mucha justicia, al doctor Enrique Tarigo y, aunque más no sea, a través de algunas pocas palabras quiero sumarme a este reconocimiento público que el Senado le está haciendo a su figura, a su vida, a su trayectoria y a su obra.

Estamos hablando de uno de los más valientes paladines de la libertad que tuvo este país en las últimas décadas. Tarigo representó la oportunidad de tener una luz en los tiempos más oscuros que nos ha tocado vivir, y empezó a encenderla ya cuando en el año 1973 la dictadura dispuso intervenir la Universidad de la República. Tarigo encabezó esa lucha, en el durísimo año 1973 -recuérdese que la intervención de la Universidad fue el 27 de octubre de ese año, esto es, cuatro meses después de configurado el golpe de Estado- en las más adversas condiciones y en el terreno más negativo que se podía conseguir para encabezar un gesto de rebeldía. Con su renuncia a la Facultad de Derecho, que inmediatamente fue seguida por muchos docentes, se convirtió en una verdadera bandera y un estandarte del enfrentamiento a la arbitrariedad que ahora llegaba a las puertas de la Universidad.

¡Cómo no recordar con emoción esos gestos de un hombre que con justicia ha sido sindicado, señalado y definido, incluso en este tributo, como una de las piedras angulares en el Uruguay -juicio que comparto totalmente- en la recuperación de la libertad!

¡Cómo no recordar, pasados los años, aquellas primeras salidas públicas antes de 1980, abriendo espacios, ya con la compañía de Luis Antonio Hierro, realizando entrevistas -antes de “Opinar”- a quienes tuvimos la suerte de poder permanecer en el país y luchar desde adentro contra la dictadura!

¡Cómo no recordar aquella nube de humo que invadió los estudios de Canal 10 pocos días antes del plebiscito de 1980, nube de humo densa en aquellas imágenes en negro y blanco que emitía Canal 10 que, sin embargo, no logró ocultar todo lo que Tarigo y Pons Etcheverry le dijeron en

la cara a los representantes de los tiranos! Sé que no se suele polemizar en los homenajes -y no sería bueno hacerlo- pero fue muy importante lo que dijeron Tarigo y Pons Etcheverry aquella noche. Pons Etcheverry llegó a decirles -no sé si lo recordarán- "rinocerontes" y Tarigo los aplastó -porque esa es la palabra- con una demoledora argumentación jurídica que dejó sin asunto a los señores Bolentini y Viana Reyes.

Se ha recordado en estos días que Tarigo reprochó a los organizadores del programa que Viana Reyes lo cerrara con una última intervención. Ante esto uno, de los ayudantes de los defensores de la dictadura le dijo: "No se preocupe, doctor, que usted los mató". Esa fue la sensación que nos quedó a todos. Les dijeron cosas en la cara a los tiranos delante de centenares de miles de personas que estaban presenciando aquel programa que, como bien dijo el señor Senador Korzeniak, fue absolutamente decisivo para el resultado del plebiscito.

¡Cómo no recordar al semanario "Opinar", que en su edición del jueves -ese era el día en que salía- 27 de noviembre de 1980 tiró 32.000 ejemplares, una cifra sólo comparable a las más gloriosas ediciones del legendario "Marcha", que ya no salía, porque había sido cerrado por la dictadura!

¡Cómo no recordar al doctor Tarigo recibiendo personalmente, con el "La Paz Suave" en las manos, en las imprentas del diario "El País", donde se imprimía "Opinar", las notas para el jueves siguientes y leyéndolas junto a quienes las entregábamos en ese momento, formulando un primer comentario!

¡Cómo no recordar -y por suerte ha sido recordado- la pasión que compartimos por Nacional y ese formidable alegato del decanato, ya citado por el señor Senador Heber! No fue solamente un formidable alegato, sino que ha sido el único documento, porque ya nadie se animó a escribir más nada luego de haber leído lo que escribió el doctor Tarigo. Esta no es sólo la principal referencia, sino que es la única y es insuperable desde ese punto de vista; creo que hizo bien el señor Senador Heber en recordarlo.

Señor Presidente: como fue dicho y como comparto, es la bandera que todos recordaremos desde aquí adentro en la lucha por reconquistar la democracia, naturalmente unida a los enormes esfuerzos que todos los compatriotas diseminados por el mundo, desde el exterior, realizaban y acompañaban, acumulando fuerzas para lograr el objetivo.

Señor Presidente, también fue dicho: Tarigo era durísimo en la discrepancia y en el debate, pero acompañaba esa dureza con una lealtad indiscutible; Tarigo era un hombre previsible. Se sabía con quién se discutía y se sabía la calidad de los argumentos que se usaban, así como la coherencia en la exposición de los mismos. Cuando se trataba de discrepar, era el adversario que todos queremos tener para discutir.

Por todo esto, señor Presidente, vaya mi recuerdo emocionado a una figura que yo no podré olvidar jamás. Jugó un papel muy importante en la vida de todos los uruguayos y en la mía en particular, y por eso nos acompañará siempre.

A su familia, a su Partido y a la gente que lo acompañó -que entiendo que hoy en esta Sala está representada por Luis- mi emocionado saludo y mi solidaridad.

Muchas gracias, señor Presidente.

(Aplausos en Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de una moción llegada a la Mesa.

(Se da de la siguiente:)

"Mocionamos para que las palabras pronunciadas pasen a sus familiares, al Comité Ejecutivo del Partido Colorado y al Foro Batllista. Asimismo que el Senado se ponga de pie y haga un minuto de silencio." Firma el señor Presidente del Senado y la totalidad de los integrantes del Cuerpo.

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar la moción presentada.

(Se vota:)

- 28 en 28. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Se invita al Senado y a la Barra a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio.

(Así se hace)

6) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo culminado el homenaje, se levanta la sesión.

(Así se hace a la hora 17 y 38 minutos presidiendo el señor Senador doctor **Ruben Correa Freitas** y estando presente el señor Presidente del Senado, don **Luis Hierro López** y los señores Senadores **Arismendi, Astori, Barrios Tassano, Brause, Cid, Couriel, de Boismenu, Fernández Huidobro, Gallinal, García Costa, Gargano, Heber, Herrera, Korzeniak, Lescano, Michelini, Millor, Mujica,**

Núñez, Pereyra, Riesgo, Rubio, Sanabria, Scarpa, Singer y **Xavier.**)

SEÑOR SENADOR DOCTOR RUBEN CORREA FREITAS
Segundo Vicepresidente

Sr. Mario Farachio
Arq. Hugo Rodríguez Filippini
Secretarios

Sr. Freddy A. Massimino
Director General del Cuerpo de Taquígrafos